

e. haro tecglen

de la doctrina de Wilson, y el comunismo, con el «Manifiesto» de Marx, reverdecido por Lenin. Salvo el interregno de la guerra mundial, en que los dos países llegaron a ser aliados, más por la gran equivocación política y militar de Hitler que por su propia inclinación, los cincuenta y cinco años transcurridos han sido los de un enfrentamiento en todos los terrenos, desde los armados hasta los propagandísticos, los técnicos y los económicos. A lo que tiende la visita de Nixon, ahora, como consecuencia de una serie de aproximaciones lentas cuando el inicio de la coexistencia sustituyó a la guerra fría, es a una aproximación del capitalismo y del comunismo. Es una manera un poco abstracta de señalar la cuestión, pero indicar que es una política de potencias y que se trata solamente de una aproximación entre Estados Unidos y la URSS como grandes naciones no es más que una ocultación de lo mismo. El capitalismo en el mundo que lo profesa es una consecuencia de la extensión del imperio económico de los Estados Unidos, y el comunismo en sus dos vertientes principales depende de la URSS y de China.

OTRA cosa son las llamadas guerras de liberación popular, llamadas antes revoluciones. Frente a ellas es difícil que los Estados Unidos puedan ahora oponer su doctrina o su filosofía de contención del comunismo: un país que envía a su Presidente a conversar largamente, en visitas entusiastas, a las dos cabezas visibles del comunismo, no puede seguir pretendiendo ya que ese comunismo con el que se abraza en Moscú o en Pekín debe ser contenido en Vietnam o en Hispanoamérica. Si lo sigue pretendiendo, será a fuerza de retorcer el lenguaje o de despreciar la lógica; de la misma forma que la URSS o China no habrán de seguir difundiendo sus doctrinas de contención del imperialismo americano y del capitalismo mundial. Las guerras de liberación popular, como la de Vietnam, son frutos de sí mismas. Su continuidad depende de su propio contexto.

LOS objetivos anunciados para este viaje son limitados y modestos. Es una medida de precaución, una forma de no perder la cara, cada uno de los dos países conferenciantes, con su amplia clientela mundial. Por otra parte, tampoco han de tener resultados concretos visibles en lo inmediato, aparte de unos cuantos acuerdos del tenor de los anunciados. Pero son, como hemos dicho, una ruptura histórica, un cambio profundo en la relaciones no sólo de esos países entre sí, sino de todos los demás que están interrelacionados con ellos. Suponen una profunda modificación política, que habrá de penetrar en las mentalidades de todos, para por lo menos los veinte o treinta años venideros.

Miles de jóvenes manifestantes recorren las calles de Frankfurt en señal de protesta contra la política de Nixon en Indochina. En primer término, un muñeco ardiendo representa al Presidente americano.



¿DE QUE SE ESTA HABLANDO?

PARA vender naranjas tenemos que ser europeos; para ser europeos, tenemos que ser «homogéneos» —dice Areilza— con los sistemas que rigen Europa. Junto al ex embajador en París, el ex embajador en Londres, marqués de Santa Cruz, habla de «una vida comunitaria» con otros países, si no queremos aislarnos. Se les escucha, se les lee y parece que van a pronunciar la palabra secreta. Gabriel Cisneros, consejero nacional, se aproxima más: «Se necesitan unos órganos que cumplan la función de los partidos políticos en las democracias occidentales». Y Nicolás Franco va y lo dice: la soledad política nos sería fatal y necesitamos «la democracia permanente». Pero España «no tiene prisa», dice López Bravo, que tiene sobre los otros la ventaja provisional de ser ministro de Asuntos Exteriores y «Europa es una comunidad en todos los órdenes, que tan sólo será posible si se acepta la personalidad de cada país». Entre la «homogeneidad» de Areilza y la «personalidad» de López Bravo, ¿cuántas diferencias hay? ¿Hay las mismas que en la vieja disputa europea entre supranacionalidad y «Europe des patries»? ¿Cuál es el denominador común que une a los países que conservan su «personalidad»? ¿Es la democracia? ¿O una peculiarización de la democracia? Cuando el sobrino de Franco habla de democracia «permanente», ¿quiere decir lo mismo que cuando el sobrino de José Antonio Primo de Rivera, don Miguel, dice que «no hay más fuerzas políticas que las que se integran en el movimiento nacional»? ¿O quiere decir todo lo contrario? Cuando Miguel Primo de Rivera y Urquijo dice que «hay otras (fuerzas políticas) que juegan a la política imitando a los extranjeros, y que todos conocemos», ¿quién supone que somos todos o que son todos? ¿Quiénes son de verdad los que imitan al extranjero? ¿Qué es el extranjero? ¿Es Italia o es Turquía? ¿Es Grecia? ¿Es Francia? ¿Es la Francia de Pompidou o la de Mitterrand? ¿La de Tixier Vignancourt o la de Alain Gesmar? Gabriel Cisneros habla de algunos que imitan esquemas extranjeros muy definidos, pero también de los españoles que imitan a España: «Los doctrinarios, hoy más vigorosos, parecen alimentarse con chocolate de sacristía preconiliar, mugre de nacionalismo, chafarrión antiliberal, bostezo de casino meridional e interpretación del mundo con esquemas que oscilan entre Carl Schmitt y John Wayne, según el grado de ilustración». (Carl Schmitt es el definidor de la «dictadura soberana»: aquella que no se considera como tránsito, sino como su propia finalidad. John Wayne es John Wayne, el héroe del cine imperial americano.) Pero hay quien teme que los que imitan a España vayan aún más atrás: Américo Castro. «Mientras los españoles permanezcan aplomados sobre la imagen de un ilusorio y mendaz pasado, no podrán desplegar las alas de su curiosidad científica, no se nivelarán con la cultura de Occidente, añorada por tantos en la Península desde el siglo XV». ¿Nuestro debate es del siglo XV? ¿Nuestros personajes son del siglo XV? Pero, ¿de qué están hablando? ¿Qué tiene que ver todo esto con las naranjas? ¿Qué son las naranjas?

■ POZUELO.